



Círculo de amigos

M^a Ángeles Almacellas
Escuela de Pensamiento y Creatividad

Título original: *Circle of Friends*

Nacionalidad: Irlanda

Año: 1995

Dirección: Pat O'Connor

Intérpretes: Chris O'Donnell (Jack), Minnie Driver (Benny), Geraldine O'Rawe (Eve), Alan Cumming (Sean), Saffron Burrows (Nan), Aidan Gillen (Aidan), Colin Firth (Simon Westward), Mick Lally (Dan Hogan), Stanley Townsend (Dr. Boyle), Ciaran Hinds (Profesor Flynn)

Guión: Andrew Davies (Basado en la novela homónima de Maeve Binchy)

Música: Michael Kamen

Producción: Frank Price, Arlene Sellers y Alex Winitsky, para Price Entertainment/Lantana

Duración: 105 minutos

Destinatarios: Puede ser trabajada con adolescentes/jóvenes, a partir de 15 años.

Contenido formativo

- El ser humano no tiene cuerpo, es corpóreo.
- La sexualidad es una realidad magnífica como manifestación de un amor desinteresado.
- Para crear un amor auténtico, a partir del enamoramiento hay que cumplir las exigencias de todo encuentro personal.
- La sexualidad sin amor se devora a sí misma y resulta destructiva para el hombre.
- Las relaciones prematrimoniales no favorecen la creación de un amor fecundo y estable.
- Ser buen católico no significa estar constreñido por leyes que sofocan y cercenan los deseos y satisfacciones.
- Ciertas acciones son consideradas como "pecado" porque rebajan al hombre y le impiden alcanzar su plenitud como persona.

Sinopsis

La película presenta las primeras experiencias amorosas y sexuales de tres jóvenes irlandesas educadas en un catolicismo rígido y legalista. Los caminos de las tres amigas discurren conjuntamente, de forma alegre o dramática, desde la infancia hasta la juventud.

Una de ellas, Nan, bellísima, intentará utilizar su hermosura física como un señuelo para hacer fortuna y trepar en la escala social. Eve, huérfana acogida y educada en un convento de monjas, entiende la sexualidad como un tributo que hay que pagar al amor de pareja y a la maternidad. Benny, que se enamora apasionadamente de un compañero de Universidad, siente vivos deseos de entregarse a su amado, pero se lo impiden los principios morales que le han inculcado, aunque no consigue entenderlos y los ve más bien como herencia de una moral reprimida.

Las tres amigas, alegres e ilusionadas, comienzan una vida nueva al ingresar en la Universidad. Conocen la amistad, el amor, la traición y la villanía, y cada una, con sus actitudes, labra su propio destino.

Experiencias humanas profundas

El ser humano no tiene cuerpo, es corpóreo

En casa de la joven Nan Mahon se respira un ambiente sórdido y desagradable. El padre trata de forma tiránica a su esposa y a los dos hijos varones; sin embargo, con Nan es muy generoso, hasta el punto de que el hermano mayor se queda atónito al ver que le da 42 libras para el mes. Las esperanzas del Sr. Brian Mahon están puestas en que Nan realice una buena boda que ayude a la familia a salir de la mediocridad en que viven. Su hija y él se entienden tácitamente: *“Gracias, papá, eres más que generoso. Piensa que estás haciendo una buena inversión. Haré que te sientas orgulloso de mí y de ti por haberme dejado ir a la Universidad. No lo lamentarás, te lo prometo”*.

Nan busca exclusivamente medrar, y a ello dedica todas sus energías. Las personas de su alrededor son para ella meros instrumentos para alcanzar el fin que pretende. Ni siquiera está unida a su familia; la utiliza sin preocuparse de las inquietudes o problemas de sus padres y sus hermanos; sólo le interesan las libras que le da su padre y que le permiten desplegar sus encantos como una estrategia de combate. Llama la atención por su belleza. Incluso en una circunstancia tan poco propicia como el pésame por la muerte del señor Hogan, una vecina comenta: *“Parece*

una estrella de cine". Ella se sabe hermosa y está decidida a sacar el máximo partido de sus atributos físicos.

Así como manipula a los demás en beneficio propio, tal vez sin apercebirse de ello, se degrada también a sí misma al utilizar su cuerpo como moneda de cambio. Intenta labrar su propio futuro no por sus propios méritos, ni siquiera enamorando a Simon con sus cualidades personales, sino seduciéndolo con la belleza física, induciéndolo a intimar sexualmente, para, luego, forzarle a contraer matrimonio mediante un embarazo. Entre Nan y Simon no se da nunca ni un atisbo de encuentro personal; son relaciones exclusivamente del *nivel 1*, es decir, totalmente interesadas: ella pretende casarse con el honorable y guapo heredero de los acaudalados Wesward, y Simon, por su parte, está encantado de disfrutar de un cuerpo seductor que se le ofrece sin reservas.

El vértigo de la ambición es tan fuerte en ella que ni siquiera respeta el vínculo de amistad que siempre la había unido a Eve y Benny. Ellas, en principio, no le son útiles ni necesarias y, por tanto, ni le interesan especialmente ni le molestan para sus proyectos. Sus relaciones son aparentemente normales, pero ella no es capaz, debido al egoísmo, de vivir un mínimo sentimiento generoso de amistad. En cierto momento, quizá herida en su pretensión de ser la más hermosa, parece molestarse porque Benny Hogan haya recibido atenciones de un guapo muchacho. Cuando Benny, exultante, dice a sus amigas: *"Jack Foley me ha invitado a ir al baile"*, Nan, le responde con dureza: *"Estupendo, ahora estamos todas en la pandilla. Es más seguro ir en grupo"*. Cuando ve la decepción en el rostro de Benny, que, llena de complejos, se había sentido elegida por primera vez, Nan añade para consolarla: *"Aunque a ti te lo ha pedido él, eso te hace especial, Benny"*.

La reacción de Simon al enterarse del embarazo es bien distinta de lo que ella se había imaginado, y, al mismo tiempo se entera de que los Wesward están arruinados y Simon debe hacer un matrimonio de conveniencia para salvar la casa. Al verse tratada por Simon en el plano en que ella misma se había situado, como un mero objeto que se desecha cuando ya no es útil, se siente herida en lo más profundo, se indigna y lo insulta, pero ello no es óbice para que acepte el dinero que él le ofrece para pagar el aborto. Coge el cheque asegurándose de que tenga fondos y, paradójicamente, afirma que no puede matar a su criatura porque es católica. Las palabras de Nan son estremecedoras porque ella es culpable de su humillación y su drama, está tomando su propia medicina, y aun entonces no deja de ser incoherente e interesada: *"He sido una ingenua, una estúpida, ahora lo entiendo... No puedo aceptar ese dinero. Soy católica, no puedo hacerlo, no podría matar a mi hijo... ¿Así limpias tu culpa?... ¿Tendrá fondos, no? Adiós, Simon... Eres un auténtico cerdo. Lo sabes ¿verdad?"*.

La sexualidad es una realidad magnífica como manifestación de un amor desinteresado.

Eve Malone era huérfana del jardinero de los Westward, quienes se comprometieron a costear sus estudios, primero en el Instituto de Knockglen y, más tarde, en la Universidad en Dublín. Al morir sus padres, fue acogida en un convento de monjas que se ocuparon de su educación, la trataron con mucho cariño y cuidaron de sus intereses hasta su mayoría de edad. También durante su estancia en Dublín se hospeda en un convento de religiosas hasta que, más tarde, comparte vivienda con su inseparable Benny. Es inteligente, tenaz, decidida y valiente para abrirse paso en la vida: saca buenas notas en el Instituto y se presenta en la gran mansión de los Westward con sus excelentes resultados académicos para pedirles que sigan cubriendo sus gastos y le permitan ir a la Universidad. Es una persona buena y leal, que quiere a sus amigas y se indigna con Nan por el daño que le ha hecho a Benny, a la que defiende abiertamente y sin remilgos.

Sin embargo, se perciben en ella ciertos retraimientos afectivos, sin duda como consecuencia de no haberse criado en una familia sino en una comunidad de mujeres consagradas. En la familia, basada en el amor generoso de un hombre y una mujer abiertos a la vida, es donde se empieza a educar la afectividad. El troquelado familiar es decisivo en la configuración personal. Nan carece de un referente de amor conyugal, y esto hace que la intimidad sexual se le aparezca como algo necesario pero desagradable, ajeno al amor espiritual. *“No lo encuentro nada tentador –le confiesa a Benny–. No estoy deseando probar cómo es. Es decir, quiero tener hijos, pero es muy desagradable, ¿no crees?”*. Por eso las relaciones con Aidan son un tanto extrañas: parten de la teoría de que el varón debe procurar seducir a la mujer, mientras que la obligación de la mujer es *“intentar frenarle”*.

Aidan parece un buen muchacho, enamorado de Eve y pendiente de ella. En el terreno sexual actúa como piensa que debe hacer un hombre, e intenta convencer a su novia haciendo referencia a la libertad sexual de los salvajes de las islas Trobriand, que estudian en la Universidad, a lo que Eve responde: *“Para ellos es diferente. En las islas Trobriand no son católicos, no tienen que confesarse”*. En este diálogo aparecen contrapuestos dos modos distintos de tratar la sexualidad –la libertad de los salvajes frente a la “represión” que ejerce la fe religiosa–, aunque un tanto forzadamente, porque Eve, a pesar de sus palabras, no obedece a ninguno de los dos: se está “defendiendo” –tal como el mismo Aidan le había dicho que debía hacer–, pero no siente ni el más mínimo interés por la sexualidad sin trabas ni le contraría en absoluto que exista una prohibición, hasta el punto de que llegan a jugarse a las damas un escarceo que a ella no le apetece en absoluto, sino que es una pura concesión a las exigencias de Aidan.

El amor entre un hombre y una mujer es una realidad compleja –formada por diversas dimensiones interrelacionadas e interdependientes–, que no se nos da hecha sino que exige nuestro esfuerzo creativo, el compromiso de toda la persona, las pulsiones y la inteligencia, el corazón y la cabeza. El noviazgo es la etapa en la que, con el impulso primero del enamoramiento, se intenta esforzadamente ensamblar armónicamente las cuatro dimensiones (sexualidad, amistad, apertura comunitaria y fecundidad) para configurar la estructura del amor auténtico. Es arriesgado desgajar una de las dimensiones, porque con ello se vacía al amor de su verdad auténtica. Nan, al movilizar exclusivamente la sexualidad (su embarazo no es fruto de la fecundidad del amor, sino un medio para conseguir sus fines egoístas), agosta toda posibilidad de crear un auténtico amor entre Simon y ella, y la consecuencia lógica es la ruptura y el dolor. Eve también desgaja la sexualidad, aunque en un sentido distinto: la acepta como algo indispensable para la maternidad y para la satisfacción de los impulsos del varón, pero no como una ocasión de acrecentar el amor personal. Por eso realiza un acto que satisface los deseos de Simón, pero es para ella algo indiferente, o, incluso, desagradable.

Avanzar en la creación de la estructura del amor durante el noviazgo no supone aversión hacia la sexualidad sino señorío sobre los propios impulsos y deseos, voluntad decidida de que la movilización de la sexualidad no se realice con precipitación respecto a las otras tres dimensiones del amor, lo cual sería letal para la autenticidad de éste. Privarse de relaciones sexuales durante el noviazgo no significa renunciar al atractivo del amor, sino apostar decididamente por un *amor de calidad*, que, como toda realidad excelsa, exige sacrificio y esfuerzo, pero acaba compensando con creces. Es pernicioso tomar el ejercicio de las potencias sexuales como una respuesta inmediata a la atracción, el deseo y el sentimiento (es la actitud que provoca Nan), y lo es también, como en el caso de Eve, obviarlo o aceptarlo como algo inevitable, un tributo que se debe pagar en la vida de relación conyugal.

La sexualidad es una realidad magnífica cuando se la considera como expresión de la entrega total de un varón y una mujer que se aman incondicionalmente. Tomada a solas, una relación sexual tiene “significado” (es placentera y puede dar vida a nuevos seres), pero no es ocasión de encuentro personal ni acrecienta el amor; por tanto, no tiene “sentido”, es “insensata”. En cambio, la sexualidad como manifestación de amor oblativo y para siempre, fundamento de un proyecto de vida en común abierto a la vida, se eleva a un rango superior porque es ocasión de enriquecer la relación personal, fortalece los vínculos afectivos y crea unidad entre los amantes. Tiene “sentido”.

Para crear un amor auténtico, a partir del enamoramiento hay que cumplir las exigencias de todo encuentro personal.

El enamoramiento empieza por una atracción primera, que focaliza la atención y distingue a una persona entre todas las demás. Así les sucede a Benny y Jack, que, en cuanto se ven por primera vez en los pasillos de la Universidad y en la conferencia inaugural, quedan impresionados e intercambian ya alguna sonrisa. Ambos se hallan todavía en el *nivel 1* –pura atracción para la satisfacción personal–, pero ese primer “chispazo” de enamoramiento les abre la posibilidad de ascender al *nivel 2*, el plano de las relaciones personales.

Enamorarse es un sentimiento, un estado subjetivo que centra toda la atención en la persona amada, llena la mente de su imagen e impele a salir de sí mismo hacia ella para conocerla hasta el fondo de su personalidad, su intimidad más profunda; admirarla y permanecer unido a ella con un amor perenne. Para ello debemos movilizar lo mejor de nosotros mismos, incluso ciertas capacidades y determinados recursos hasta ahora desconocidos. De modo que la salida de sí que implica el enamoramiento, si de verdad buscamos el encuentro con el amado, supone una ocasión de encuentro con nosotros mismos, con la propia realidad personal. Apenas se ha iniciado la relación entre Jack y Benny, el joven siente que está en camino de conocerse a sí mismo: *“Yo a veces creo que no sé quién soy”*. Ella, por su parte, tenía complejo de ser demasiado corpulenta y tener unas manos demasiado grandes, pero, cuando Jack las confronta tiernamente con las suyas, ella se reconoce distinta y exclama sorprendida: *“¡No están tan mal!”*.

Los enamorados se sienten enormemente atraídos y anhelan conocerse más a fondo el uno al otro; por eso el tiempo les pasa sin sentir cuando están juntos, abriendo la propia intimidad al otro e intentando descubrir y descifrar la suya. Al comienzo de su relación, Jack y Benny establecen esa íntima comunicación de enamorados: *“Contigo puedo ser sincero”*, dice él; ella pregunta *“¿Acaso no sueles serlo?”*; él responde: *“Normalmente le digo a la gente lo que creo que quieren oír, especialmente a las chicas”*. *“Pero no a mí”*, añade feliz Benny. Pero luego, tras los tristes acontecimientos que han vivido, vuelven a aparecer uno frente a otro como dos desconocidos, obligados a comenzar de nuevo la labor de comunicación y conocimiento personal: *“Me has roto el corazón y ya no soy la misma persona de antes. Así es que, si hablas en serio, tendrás que conocerme como soy ahora y yo tendré que conocerte como eres ahora... y ya veremos”*.

Si una pareja de enamorados da primacía al componente físico sexual de la comunicación, sus relaciones se empobrecen hasta tal punto que se condenan a no realizar nunca un encuentro personal auténtico. Benny se debate de tal modo con el dilema entre la sexualidad como impulso sexual y la represión de los deseos por imperativos éticos, que toda su trayectoria vital está marcada por esa confrontación

(*“En la Universidad, mi trabajo comparando los ritos de apareamiento de los irlandeses católicos con los habitantes de las islas Trobriand causó bastante revuelo y me orientó hacia mi futura profesión como escritora”*). Si analizamos a fondo el personaje, comprobamos que sus dudas no surgen tanto por la oposición entre esas dos formas de entender la sexualidad, cuanto porque algo dentro de sí la impulsa a crear el amor con Jack no dejándose llevar sólo de la atracción física, sino en perfecto equilibrio entre la cabeza y el corazón. En un momento de diálogo sincero, Benny le dice: *“A veces me parece algo extraño querer desearlo. Ya sabes, ridículo, como si alguien me metiera el dedo en la nariz o algo así... Y luego, cuando estoy bailando, me parece lo más... ¡Creo que me estoy poniendo roja!”*. Cabría esperar que a esta confesión le siguieran caricias apasionadas y, sin embargo, no es así, porque ambos están moviéndose en el nivel del encuentro personal: *“Me parece increíble tener esta conversación”, “A mí también... Es fantástico ¿verdad?”*, exclaman conmovidos antes de besarse con ternura. A Benny le faltan criterios, pues está descubriendo el amor en su propia experiencia sin que nadie le dé una orientación, y eso le quita seguridad, la hace vacilar y cambiar arbitrariamente de opinión. Cuando Jack le propone que vaya con él a Inglaterra porque allí se pueden comprar preservativos, ella se aleja de él entre perpleja y asustada, y, sin embargo, más tarde, le dice: *“He estado pensando en nuestra relación y he cambiado de idea respecto a una cosa. Ahora no puedo decírtelo, pero creo que te gustará...”*. Tiene serias dudas de si su actitud creativa – que, en el fondo, ella relaciona con la educación recibida– es la más adecuada, sobre todo cuando sufre la ruptura con su novio por su relación con Nan. Entonces Benny se siente culpable por no haber querido acostarse con Jack, aunque lo deseaba tanto como él. Se lamenta angustiada: *“Sería yo quien tendría su hijo y no Nan. No me importa lo que digan los curas, tenemos que hacer lo que sintamos”*. Pero Eve, buena amiga, que conserva más distancia frente a la situación, le ayuda a reflexionar: *“Sí, claro, como Jack. Él se dio el gusto ¿verdad?”*. *“Él me quiere a mí, me lo dijo, no la quiere a ella, sólo va a casarse con ella por el niño. ¡Pobre Jack!”*, insiste Benny. *“¡Jack era tu novio y ella era tu amiga! ¿Por qué no se dejaron en paz el uno al otro?”*, concluye Eve.

Con vacilaciones, fruto de la falta de información pero dejándose llevar del impulso del enamoramiento, Benny y Jack se esfuerzan en cumplir las exigencias del encuentro personal para crear entre ellos una relación estable y duradera. Son generosos, buscan siempre el bien del otro (*“No debes jugar conmigo... Ya sé que parezco un rinoceronte, pero en realidad tengo una piel muy fina, así que ten cuidado conmigo”*. *“No jugaré contigo, Benny, lo prometo”*) y esa actitud despierta en ellos sentimientos de confianza y comprensión, como se advierte tras la muerte del padre de Benny: *“Ahora tendré que quedarme en casa y cuidar de mi madre y de la tienda... No podremos vernos, Jack, serán semanas y semanas”*. *“¿No podrás ir a Dublín ningún día?”*, le pregunta él. *“No, por el momento no, tengo que estar en la tienda todos los días y no puedo dejar sola a mi madre. Tengo que hacerlo, Jack, sólo por un*

tiempo". "Lo sé", le responde sonriéndole con cariño mientras ella se refugia en su hombro para llorar. Están seguros de sí mismos porque saben que el amor, si es auténtico, no se amilana ante la dificultad, y los que se quieren de verdad permanecen unidos sobrevolando el tiempo y el espacio.

La confianza abre de par en par la puerta del corazón y hace posibles las confidencias más íntimas. Jack se siente a gusto con ella porque puede hablar de todo, sin temor ni vergüenza. Le explica que estudia medicina, pero no le gusta; lo que le agrada es el deporte ("Sólo me gusta divertirme"). "¿Por qué no le dices a tu padre que quieres dejar el curso?", le sugiere Benny. "No... Sé que lo decepcionaría si lo dejase... Seguro que podré hacerlo, tengo que hacerlo... tengo que hacer algo bien". Más adelante, incluso en un momento tan difícil para ellos y en una circunstancia tan especial como es el accidente de Nan, Jack sigue confiando en Benny para sus confidencias: "Sé que no tengo derecho a esperar nada de ti. Quiero que sepas que cuando le pasó eso a Nan... Cuando comprendí que le estaba salvando la vida, que podía haber muerto, sólo pensaba en lo agradecido que estaba de poder hacerlo. No me mareé ni me desmayé, estaba bien... Entonces supe que esto es lo que quiero hacer el resto de mi vida". Se acerca a ella con confianza para pedirle perdón, para rogarle que le dé de nuevo la oportunidad de vivir para ella y hacerla feliz: "Te quiero, y si me aceptas, quiero casarme contigo. Benny eres mi amor, no podría querer a nadie más... Lo he estropeado todo. Benny, lo siento, quiero compensarte por ello y lo haré si me dejas. ¿Podrás volver a quererme?".

Renace la unión entre ellos ("Lentamente, Jack y yo fuimos pasando cada vez más tiempo juntos... y volví a enamorarme de él..."), y, contra toda lógica, pues ya tenía la ruta marcada para una unión de amor fecunda, gozosa y equilibrada, Benny se sitúa de nuevo en el absurdo y destructivo dilema de la sexualidad reprimida o libre de toda traba como los salvajes de las islas Trobriand.

Ser buen católico no significa estar constreñido por leyes que sofocan y cercenan los deseos y satisfacciones.

El marco de la película es la católica Irlanda de mediados del siglo pasado, pero lo que aparece en la historia de las tres amigas de Knockglen es una caricatura de la moral católica. Si nos centramos en el personaje de Benny, que es el más rico y controvertido, comprobaremos que lo que hay no es una opresión patológica debida a una falsa idea de la realidad del hombre, sino una falta de formación humana. Sin una idea clara de qué es el hombre, cómo se establecen vínculos de amor sólidos y cuál es el camino de la auténtica felicidad, no es posible entender el sentido de los preceptos ni del pecado.

Una actitud o un acto se consideran pecado no porque infrinjan una ley inventada y dictada arbitrariamente por unos legisladores caprichosos y manipuladores, sino porque son contrarios a una medida que precede al mismo hombre, impiden que surja la bondad interna del ser humano, lo rebajan y no le permiten alcanzar su plenitud, la figura de hombre que está llamado a ser. El plan de Dios sobre el hombre no intenta quitar al hombre el gusto por la vida, ni amargarle con prohibiciones, amenazas y temores. Trata sencillamente de conducirlo a la verdad de sí mismo, de orientarle a la plena y auténtica felicidad. Las relaciones sexuales en sí mismas no son pecaminosas, pero, si se las sitúa fuera del ámbito que les corresponde –que es acrecentar el amor entre los esposos y dar origen a nuevas vidas–, y se las rebaja al nivel de la búsqueda exclusiva del placer y la satisfacción, resultan ser nocivas para el hombre, impiden su desarrollo personal y bloquean su capacidad de amar, y en esa medida son “pecado”.

Benny y Jack carecen de la necesaria formación humana y no conocen las exigencias de crear un amor estable, fecundo y duradero. Experimentan la aguda punzada del deseo y, como desconocen el lugar que les corresponde en cuanto enamorados, en su fuero interno mezclan creencias con amor y confunden éste con la mera pasión. En un diálogo distendido y jovial aparece esta confusión:

- *“¿Crees en Dios, en Jesús y en todas esas cosas?, pregunta Benny*
- *Sí ¿y tú?*
- *Sí*
- *¿Has llegado hasta el final con alguna chica?*
- *No, no del todo*
- *¿Y tú?*
- *¡No! ¡Ni de lejos! ... ¿Te gustaría?*
- *¿Cuándo? ¿Ahora?*
- *¡No! No era una invitación, sólo lo preguntaba por curiosidad...*
- *Pues la respuesta es sí, me gustaría*
- *Si no fuera pecado mortal, claro...*

Valoración de la película

La acción de la película discurre sobre el telón de fondo de la confrontación de dos modos opuestos de entender la sexualidad. El uno, representado en el Curso Básico que imparte el profesor Flynn para alumnos de Primero en la Universidad, defiende la postura de una total libertad sexual, atendida a los dictados del mero deseo y liberada de cualquier relación afectiva, vista como fuente de felicidad. El otro modo es el que se respira en el ambiente de los jóvenes protagonistas, lleno de tabúes y prohibiciones que generan el conflicto interior de cada uno de ellos, prisioneros de sus

represiones. En la conferencia inaugural en la Universidad, el profesor señala las líneas del curso y subraya la disyuntiva en la vida afectiva de los personajes de la historia: *“Este año, para ampliar nuestro marco de referencias, propongo que nos fijemos en otras sociedades, principalmente en la de las islas Trobriand en el Pacífico Sur, descrita en la gran obra de Bronislaw Malinowski sobre antropología “La vida sexual de los salvajes”.* Sus clases, a lo largo de la película, siguen, en paralelo, el hilo del conflicto personal de las tres amigas y sus respectivos enamorados entre la rígida formación que han recibido, con su temor al pecado, y la atracción apasionada propia de la juventud: *“Al contrario que muchas otras comunidades humanas, que separan los sexos durante la adolescencia, en las islas Trobriand se permite que los chicos y las chicas tengan una libertad total para acercarse unos a otros desde la pubertad hasta la edad adulta. Y Malinowski descubrió que eran unas personas muy felices y satisfechas”...* *“Las sociedades regulan la conducta de sus miembros de muchas formas diferentes. La regla de la ley es la más obvia, pero también están las siempre veneradas armas de la vergüenza y la culpa. Los habitantes de las islas Trobriand consiguen vivir felizmente sin recurrir a la vergüenza ni a la culpa. En Irlanda, como sabéis, tenemos ambas cosas... y el miedo, por supuesto”.*

Sobre la base de ese dilema, la película trata de la curiosidad y la iniciación de tres jóvenes respecto al amor y la sexualidad, pero, aunque los conflictos personales están bien planteados y son correctos en su desarrollo, la película carece de confrontación reflexiva y no ofrece ningún argumento sólido para decidirse por ninguna de las opciones expuestas. Así pues, la tesis que se pretendía exponer carece de fundamento y queda inconclusa.

Profundizando en el análisis de los tres personajes principales, se ve claramente que ninguna de las posturas ante la sexualidad que propone la película es acertada ni sitúa al hombre en vías de plenitud. Benny, el personaje trazado con rasgos más firmes, a pesar de sus dudas y graves errores de fondo, parece vislumbrar a veces cuál es el lugar exacto de la intimidad corporal en la relación de pareja, pero, al final, desorientada y fuertemente influida por la doctrina recibida en la Universidad – hace un trabajo que “decide su futura profesión”– opta por una postura ecléctica: resuelve tener relaciones íntimas con su novio cuando considera que su amor mutuo ha madurado y ella le ha perdonado. Sin embargo, a la sexualidad libre de toda traba le sigue el remordimiento de haber cometido una falta ante Dios.

Las clases del profesor Flynn reflejan perfectamente el ambiente actual de frivolidad del amor, que se confunde con una mera atracción, a la que se responde de inmediato con la intimidad sexual. Es la sociedad del “usar y tirar”, de la banalización de la vida afectiva –reducida a sentimentalismo y experiencias

sensoriales¹– y la prisa por disfrutar sin cortapisas ni compromisos. Una sociedad así narcotizada, marcada por el relativismo y entregada sin reservas al hedonismo, está herida desde la raíz, enceguecida para los grandes valores y condenada a la inmadurez sentimental.

El amor auténtico exige un *tempo* lento de esfuerzo y maduración, para que llegue a brotar en toda su grandeza, su belleza y su fecundidad para el desarrollo personal. El amor no se crea con sólo dejarse llevar de los impulsos del enamoramiento. Éste constituye su principio dinamizador imprescindible, pero la afectividad compete a toda la persona, al corazón, los sentidos y la inteligencia. Es decir, crear una relación de amor auténtico tiene unas características y unas exigencias que debemos conocer, para orientar debidamente la natural tendencia a salir de sí y unirse al amado, y lograr que dicha salida no sea en falso, antes suponga la búsqueda generosa del bien del amado y, al mismo tiempo, un enriquecimiento personal.

La sexualidad entendida como una satisfacción inherente a la atracción y no como una dimensión del amor conyugal, en perfecto equilibrio con las demás dimensiones, aunque al principio resulta gratificante y placentera resulta ser destructiva para la capacidad afectiva de la persona, y, por tanto, entorpece su desarrollo personal.

Benny toma en solitario la decisión de tener intimidad sexual con Jack. Da por supuesto que a él “le apetece” tanto como a ella y toma la iniciativa sin consultarle. Con ello comete un doble error: primero, porque cuando un hombre y una mujer se aman y deciden compartir un proyecto de vida, las grandes decisiones deben tomarlas juntos, después de haberlas reflexionado a la luz de su ideal de vida y del crecimiento personal de ambos. Y, en segundo lugar, porque reducir la relación sexual a la satisfacción de un deseo es trivializarla peligrosamente. En esas condiciones, el efecto que produce no es el que le corresponde por su misma naturaleza –acrecentar el amor entre los esposos–, sino el que resulta de haberla desvirtuado: estimula el egoísmo y la búsqueda de satisfacciones sensoriales en detrimento del encuentro personal.

Por eso Benny, en el fondo, siente que su misma naturaleza se revela contra un acto que es contrario a la dinámica del mismo amor que pugna por abrirse en todo su esplendor y llenar de sentido la vida de ambos amantes. El remordimiento –su oración final de petición de perdón– surge porque no se siente en vías de plenitud, pues algo dentro de sí le indica que ha errado el camino.

¹ Valgan como ejemplo algunas de las expresiones al uso: “*unidos sentimentalmente*”, “*compañero sentimental*”...

Sugerencias para la reflexión y el diálogo

- *Cuando, el día de la primera fiesta, Benny está triste porque cree que a Jack Foley le gusta Nan, ésta, para tranquilizarla, le dice: “Le gustas Benny, no hace más que hablar de ti... A mí Jack no me interesa en ese sentido. Ni ninguno de estos chicos. Sólo sirven para practicar”. ¿A qué se refiere con “practicar”?*

Nan se mueve en el puro *nivel 1*. Todas las realidades de su entorno le interesan en la medida en que le resultan útiles para alcanzar su objetivo de hacer una conquista y un matrimonio ventajoso. Su atención se ha fijado en Simon Wesward, al que cree un rico heredero. Los jóvenes compañeros de Universidad no le ofrecen ninguna ventaja; ella necesita un hombre ya adulto, como Simon, que le pueda ofrecer de inmediato una vida cómoda y placentera. Pero Simon es un hombre de mundo y ella una joven inexperta en los lances de amor, de modo que, antes de lanzarse a coquetear con él, le interesa “practicar”, aprender a desplegar su capacidad de seducción y comprobar las reacciones de otros varones ante sus encantos e insinuaciones. Utiliza a sus compañeros como meros instrumentos a su servicio, los manipula sin ningún escrúpulo. Es tal su vileza, fruto de la entrega al vértigo de la ambición, que no arredra ni ante algo tan sagrado como la amistad, para buscar sus propios intereses aun al precio de destrozar para siempre las vidas de Jack y Benny.

- *En uno de sus encuentros furtivos en la casita de Eve, Simon exclama despectivo ante una imagen del Niño Jesús: “¡Qué extraños sois los católicos!”, a lo que Nan responde indignada: “¡No digas sois! ¡Yo no soy como ellos, soy como tú! ¡Nosotros no tenemos nada que ver con esas tonterías!”. Sin embargo, más tarde, aduce que es católica y no puede matar a su hijo. ¿Por qué ese cambio? ¿Puede tener algo que ver con la frase del profesor en la Universidad: “La regla de la ley es la más obvia, pero también están las siempre veneradas armas de la vergüenza y la culpa”.*

La película presenta el ambiente irlandés impregnado de catolicismo como ejemplo de sociedad que regula la conducta a base de leyes o sentimientos de culpa y vergüenza. Nan presume de abierta y progresista ante sus amigas (“*Los curas se lo inventan todo según sus conveniencias*”) y ante su novio inglés, en lo referente a relaciones sexuales, porque forman parte de sus planes de seducción y, por tanto, no le causan ningún problema de conciencia. Ahora bien, “matar a su hijo”, en sus propias palabras, es una cuestión de tal envergadura que algo muy hondo en ella misma lo rechaza con horror. Probablemente se trate de la naturaleza misma, que se revela ante la posibilidad de un acto tan espantoso, más que un sentimiento de culpa, fruto de una presunta educación opresora. Ella misma, como solución alternativa al aborto, no duda en volver a utilizar su capacidad de manipulación y seducción para engañar al

inocente Jack Foley, sin importarle el terrible daño que les hace a Benny, su gran amiga, y al mismo Jack.

Todo hombre está llamado a llevar su vida a pleno desarrollo de forma racional, voluntaria y libre. Toda la vida es una oportunidad que debemos asumir responsablemente. El que se esfuerza por elevarse de nivel y crear relaciones “reversibles” –que implican una apelación y una respuesta, es decir, dan lugar a la realización de encuentros– se plenifica como persona y alcanza la felicidad. Por el contrario, quien opta por moverse exclusivamente en el *nivel 1* –el plano de lo útil, lo agradable y lo práctico– bloquea su desarrollo personal y se encamina a su propia destrucción.

Nan se entregó totalmente al vértigo de la ambición, segura de que obtendría grandes beneficios de su habilidad manipuladora, pero la realidad se le ha mostrado bien distinta: Simon no la ama, se mueve en el mismo nivel que ella, es decir, la ha utilizado mientras le ha sido útil y agradable y después la ha desestimado como un objeto inútil; se ha quedado sola porque el vértigo enceguece para los valores e impide elevarse al nivel propio de las relaciones humanas auténticas; toda la riqueza que anhelaba se ha quedado reducida a un cheque tal vez sin fondos; su orgullo ha quedado por los suelos al verse embarazada y abandonada. Comprueba, horrorizada, que se le han cerrado todas las puertas y no ve otra salida que una huida desesperada hacia delante, sin importarle arrollar y destruir cuanto encuentra a su paso.

–Si Nan no fuera o no se sintiera católica, ¿el aborto sería lícito?

La moral es “la ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden a su bondad o malicia”². Los valores, como el *bien* y la *bondad*, no pueden ser dominados por el hombre; son relacionales, pues brotan en relación con las actitudes del hombre, pero no son relativos a él, en el sentido de que tenga poder de decisión sobre ellos. Puede dejar de lado el bien, la bondad, la verdad, la belleza..., pero no eliminarlos, porque los valores trascienden al mismo hombre, lo superan. Los valores se muestran, operantes, en ciertas acciones humanas porque ya existían antes, y seguirán existiendo aunque nadie se acerque a su campo de irradiación. Las costumbres pueden variar a tenor de los tiempos, pero no la esencia de los valores. Éstos jamás pueden ser objeto de transacción ni de dominio por parte del hombre. El ser humano puede llevar a cabo acciones moralmente buenas o malas, y despenalizar las malas mediante leyes, pero no tiene facultad de transformar lo bueno en malo ni al contrario. Democráticamente, por voluntad de la mayoría, se puede declarar que el aborto es legal, pero ni en el impensable caso de que toda la humanidad, en un

² Cf. Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española.

momento de la historia, decidiera que matar a un niño en el seno de su madre es legal, ese acto sería moralmente bueno. En las sociedades avanzadas, en las que se defienden los derechos humanos, se procura que lo legal sea, a su vez, ético, es decir, orientado al bien y la bondad. Pero, como bien sabemos, no siempre sucede así.

En cierto sentido, el hombre tiene carácter material-corpóreo, pertenece al mundo físico y biológico del universo, está formado de los mismos átomos que todos los demás seres y de las mismas células que los otros animales. Por tanto, ocupa un lugar en el espacio, puede ser abarcado con la vista, medido, pesado, desplazado... Pero tiene también un aspecto psíquico-espiritual, un yo independiente, libre, autónomo, absoluto. No presenta los límites propios de un objeto, sino que constituye todo un ámbito de vida. Lo corpóreo, lo psíquico y lo espiritual son dimensiones de una misma realidad conjunta. Si soy dueño de un objeto, por ejemplo un reloj, éste es ajeno a mí, está fuera de mí, frente a mí, puedo decidir sobre él sin que me concierna en lo íntimo de mi ser. El hombre no tiene un “super-Yo” que pueda tomar distancia respecto a su cuerpo y decidir sobre él sin que le afecte. El ser humano es un ser corpóreo-espiritual, es toda la persona la que se manifiesta en el cuerpo y puede establecer relaciones con las realidades de su entorno. Nadie se ha otorgado la vida a sí mismo; por tanto, nadie es dueño de su propia vida ni tiene derecho sobre ella. Los padres son “transmisores” de vida, no “creadores” de ella. En consecuencia, ningún hombre –tampoco los padres– es dueño de la vida.

El valor de la vida humana es sagrado e inviolable. La vida es un fin en sí misma, presenta un altísimo valor y no puede ser reducida a un “medio para un fin ajeno a sí misma”. Debe ser respetada y protegida desde el momento de la concepción hasta su ocaso. Desde el primer momento de su existencia, el ser humano es sujeto de derechos, el primero de los cuales es el derecho inviolable de todo ser a la vida.

Para un creyente, la vida es un don de Dios al hombre, y éste debe acogerlo con agradecimiento. La forma primaria de agradecer el don de la vida es cuidarla, defenderla, considerarse en todo momento como depositario de ese don, no como dueño del mismo. El aborto es un acto violento de posesión de la vida, contrario a nuestra condición básica de seres finitos, conscientes de que nuestra dignidad se basa en una donación gratuita del Creador. El rechazo de la práctica del aborto no depende, pues, en exclusiva de las creencias católicas; viene exigido a todo hombre que tenga una idea clara de la grandeza de la vida y de nuestra condición de administradores del enigmático don de la existencia.